

A CLARA DE ELLÉBEUSE

En el fondo del viejo jardín lleno de tulipanes, oh memoria pura, consuelo de mi vida cruel, reposa.

Ni yo te traicioné, ni tú me engañaste. Muerta estabas cuando yo nací, porque en el cielo hay admirables rosas.

Oh niña, oh amiga mía, evoco en este momento el día aquel en que tú, durante un blanco atardecer de otoño, sostienes una regaderita sobre los bojés y en regarlos gozas.

Evoco también el patio de las horas de recreo taciturnas; allí tú pareces, en traje de primera comunión, no sé qué incensario de abierta corola.

Asísteme siempre. Cuando esté melancólico, cuando vaya arrastrando bajo

los olmos de la aldea, en las horas azules
del angelus nocturno, mi duda y mi
orgullo, pon tu mano sobre mi frente que
zumba, tu mano blanca... ponla...

Toma este librito. Está hecho sin arte.
Pero sonrío porque me gusta gracias á
tí, y porque tú nunca supiste, oh capta-
dora de mariposas, lo mismo que yo,
por qué fórmula se ha de amar en verso,
se ha de llorar en prosa.

Te doy mi alma. Échala á los pies de
Dios. Yo no sé lo que vale. Al hablarte,
mi sonrisa solloza. Eres tú la que vino
á mí sobre las lilas de mi dolor. Dile á
Dios, oh amada mía, que no quiero acor-
darme ya de la tierra hosca.



I

CLARA DE ELLÉBEUSE se des-
pierta debajo de sus bu-
cles y bosteza contra su
brazo desnudo. Es rubia y
llena, y sus ojos tienen el color del
cielo en el buen tiempo.

El sol de estas antiguas vacaciones
largas hace moverse, sobre las cor-
tinas transparentes de indiana ra-
meada, en la ventana del este, la
sombra del tulipán.

Son las ocho. La luz pura se des-
liza en la alcoba, iluminando, en la
pared azul y alegre, el retrato de
Joaquín de Ellébeuse, el tío-abuelo
de Clara.

Y la muchachita bosteza otra vez, se estira y piensa:

¿Cómo sería el tío Joaquín de Ellébeuse? ¿Sería hermosa la casa de Pointe-à-Pitre donde murió?... La miniaturita que me enseñó la abuela, y que está en el cajón de abajo, es la de su novia. Se llamaba Laura. Era muy bonita, con bucles muy negros, un collar de coral y un corpiño de muselina blanca rayada de verde... ¿Estará enterrada junto al tío?... El se había desafiado. Me lo ha dicho el señor de Astin... ¿Sería Laura más bonita que mamá?

Clara de Ellébeuse se viste, después reza sus oraciones. La casa se despierta. La escalera rechina. El gorjear de los canarios sube del vestíbulo. Clara descende al comedor y toma del frutero un racimo de uva: los granos relucen entre sus dedos ligeros.

—Las nueve ya—se dice.—Mamá se debe haber entretenido al volver de misa...

Dan las nueve en la entreventana que representa una iglesia rodeada de olmos. El timbre del relojito en-

cajado en el lindo campanario pintado al óleo, es ronco y dulce. A las doce y por la tarde invita al ángelus. Bajolos árboles hay una pastora, un pastor y corderos.

Clara de Ellébeuse contempla á la pastora y al pastor.

—Están hablando—piensa—y se casarán en la capilla del cuadro. ¿Serán felices? Deseo que lo sean. Pero, como es en un cuadro, no se casarán...

Se pone su sombrero grande de paja, adornado con margaritas y narcisos, y sale á la escalinata. Sobre el césped brillante, el pavo real ondula con lentitud.

—El pavo real—piensa—es la imagen del orgullo. Yo, soy orgullosa. El señor cura me lo ha dicho. Pero no todo el mundo lleva el nombre de Ellébeuse. Aquí llega mamá.

—Hija mía—dice la señora de Ellébeuse á su hija después de haberla besado en la frente—tendrás que ponerte hoy el traje que te regaló tu tia Aménaida. El señor de Astin ha anunciado su visita. Llegará hacia las doce. Pero será mejor que á eso de las once te vistas.

Y Clara, en tanto que la señora de Ellébeuse entra en la casa, se dirige al huerto. Pasa por delante de los frambuesos oscuros y de los manzanos cónicos y relucientes. Sobre las rosas hay cetoínas. El cielo tiembla encima de los bojés. Pero he aquí que á la serenidad de hace un momento, sucede en el alma de la muchacha una especie de tristeza semejante á la de este hermoso día dorado.

De pronto, y sin que nada repentino parezca haberlos llamado, escrúpulos intensos atormentan á la adolescente. Dios mío—se dice—tened piedad de mí. He tenido malos pensamientos. ¿A dónde iría yo ahora si me muriera? ¿Estoy dispuesta para presentarme á Dios? He tenido pensamientos impuros acerca de tío Joaquín y de su novia Laura. Me he preguntado si ella se sentaría en las rodillas de él cuando eran novios...

Y este temor del pecado, tortura que sólo puede comprender un alma católica, trastorna en este momento el alma dulce de Clara. Llega al extremo del huerto y, junto al cena-

dor, abre la valla verde y entra en la parte más umbría del parque. Hay allí árboles del paraíso, laureles, falsos pistacheros, ocozoles y arces. Bajo la bóveda de follajes reina una especie de noche, hasta cuando la canícula pone una luz de silencio en las cimas relucientes de los árboles.

Pronto deja el parque la muchacha y franquea la verja en donde las iniciales de los de Ellébeuse, en una placa oval, aparecen rodeadas de flores de lis herrumbrosas. Y, al salir de la posesión, se encuentra en el camino agrietado por el calor, entre los helechos de los taludes. Un pico golpea una corteza, un lagarto se desliza, una cigarra se calla.

Este camino lleva á la capilla antigua y pobre. Para ir á ella, Clara; atraviesa el cementerio en donde hay montículos adornados de yucas, de claveles, de bojés, de alhelies, de mentas polvorientas, y de esas plantas que llaman licoreras de los pájaros, por sus hojas huecas que retienen el agua.

Clara de Ellébeuse entra en la capilla. Una impresión glacial la so-

brecoje. Le parece que á lo largo de su cuerpo tibio se deslizan gotas de lluvia, porque bajo su yedra y sus ladrillos, bajo el cielo tórrido, la cabaña de Dios se ha refrescado como una cántara.

El altar es pobre y bonito, iluminado apenas por dos ventanas de cristales, pequeños, romboidales, de donde cae un tul campesino cuidadosamente estirado. A cada lado del tabernáculo, hay tres grandes candeleros dorados. A la izquierda, una virgen, en una hornacina de la pared, y á la derecha, en otra hornacina pareja, un San José. A los pies de ambas, vasitos pequeños de loza, tan dorados y tan verdes que dan regocijo al corazón, contienen humildes flores artificiales. En medio de la iglesia, sobre una columna rota, una piedra hueca como un caliz encierra el agua bendita llena de sombra. Bajo la tribuna, como las cunas de los nacimientos, la reja del confesionario está oculta por una percalina verde, reluciente y tiesa. Este refugio pacífico no tiene nave, sino un techo de madera recubierto de cal azul celeste.

Clara de Ellébeuse se arrodilla y reza.

Dios mío, murmura, libradme de malos pensamientos. Quiero ser una muchachita pura. Alejad de mi la curiosidad. No me déis deseos de leer en el cajón de la abuelita las cartas del tío Joaquín. Soy un alma atormentada. Virgen Santa, interceded por nosotros. Haced que yo no vaya al infierno. Dios mío, que desgraciada soy... Tengo miedo de condenarme. Dios mío, no me separéis de mamá ni de papaíto. Haced que estemos juntos en el cielo. Perdonadme.

Hace una genuflexión ante el altar, se persigna, toma agua bendita y sale.

Por un momento, la luz la deslumbra. A lo lejos, más allá de los ribazos de sombra, los Pirineos son como cascadas celestes.

Clara vuelve á pasar por el cementerio. Allí está el panteón de los de Ellébeuse: *Bernardo de Ellébeuse*, 1690, *Juan de Ellébeuse*, 1715. *Juan de Ellébeuse*, 1780. *Isabel de Ellébeuse*, 1781. *Tristán de Ellébeuse*, 1804. *Amelina de Ellébeuse*, 1820. Y otros de Ellébeuse.

A un lado se encuentra una sepultura aislada junto á la que ha florecido un manojo de esas flores de terciopelo rosa que se confunden á veces con la belladona oficinal porque su nombre es: *Amaryllis belladonna*. La piedra tiene esta sencilla inscripción:

LAURA LÓPEZ

1805

Y Clara de Ellébeuse nunca ha sabido á punto fijo quien era aquella mujer. Era una amiga de la familia, le dijeron. Y tuvo cariño al sepulcro aquel, cuidado por la abuelita, que plantó estos lirios de fuego, y á la memoria desconocida, subsistente solo en un nombre dulce... Se llamaba Laura, es decir... como la novia de tío Joaquín.

Y la niña sigue pensando:

—¿Cómo será el cementerio de Pointe-á-Pitre, en donde reposan *la otra* Laura y su novio, el tío Joaquín? ¿Tendrá una iglesia semejante á ésta?... Yo me represento Pointe-á-Pitre, gracias á un grabado del *Museo de las familias*... Hay selvas

perfumadas por donde se pasean los negros. ¿Cómo sería Laura? Debía ser alta y andar lentamente. ¿Se besarían?...

Y Clara se ruboriza de pronto y rechaza la idea. Su gracia tiende un poco hacia el suelo, gracia encantadora y torpe de una niña de diez y seis años. Vuelve á pasar por el huerto, y al subir otra vez la escalinata sonríe al jardinero que lleva unas lechugas.

Abuelita trabaja en su bordado y y papaito, sentado no lejos de ella, fuma su pipa. Y Robinsón, el perro, duerme sobre la piedra, hecho un ovillo, con la nariz junto á la cola.

—Buenos días, abuelita; buenos días, papaito.

Y se besan.

—¿Ha tenido suerte en la caza, papaito?

—Sí, querida. Ve á ver á la cocina. Pero pronto. Ya sabes que el señor de Astin no tardará en llegar.

Y Gertrudis enseña á Clara dos lindas perdices de rojos pies, de plumas pizarrosas, rojizas y negras, tan suaves como seda.

Clara de Ellébeuse va á su alcoba

á vestirse. Vuelve á rizarse los bucles pesados y dorados, los enrolla y alisa en el molde de boj. Encierra su cuerpo fresco en el vestido de muselina, regalo de su tía Amenaída. Un cinturón azul celeste pende del talle alto. Y hasta el suelo, todo el cuerpo no es más que una línea sencilla, casi desnuda. Una cadena de plata parece deslizarse hacia el pecho vacío. Los brazos desnudos tienen sendos hoyuelos que parecen sonreír. Y la boca sonríe también, apenas espeso y hendido el labio inferior escarlata. Y la nariz, un poco grande, muy pura, levantada apenas. Y la frente estrecha y alta. Y las orejas, casi demasiado pequeñas, perdidas bajo los *arrepentimientos*.

En el rellano:

—Estàs guapa, hija mía,—dice la señora de Ellébeuse.—Ya era tiempo de que estuvieses vestida. Lllaman; debe ser el señor de Astin.

Salen.

Son las doce. La canícula cae de los olmos blancos y negros en donde estalla el chirrido de una cigarra. El aire tiembla y suda. Un soplo

cálido, lleno de almas de flores pesadas, se arrastra.

Clara de Ellébeuse se mantiene derecha sobre la escalinata, avanzando un poco la pierna; y esta gracia de colegiala de monjas es tan natural que casi aparece poderosa... Hace pensar en un agua viva atravesada por el sol, ó en una cereza mordida por un pájaro. Por la alameda de anémonas del Japón, el carruaje, lento, del señor de Astin, avanza, se detiene luego en la plazoleta del tulipán que rodear las líneas de las güiras, de donde penden esas grandes corolas amarillas y rojas que son diversión de los niños.

El señor marqués de Astin echa pie á tierra, penosamente, porque tiene una pierna de palo. Apoyado en el bastón, agita el sombrero. Es muy alto. El mar encrespado de sus cabellos se parece á un tulipán blanco. Su talle delgado se estrecha en un frac que tiene, en la base, la rigidez de una crinolina. Sube la escalinata del brazo del señor de Ellébeuse, saluda á las señoras que le esperan y las sigue al salón.

Su voz es dulce. Al sentarse dice:

—Mi pierna de palo no me quiere dejar en paz. Hace dos semanas que está con su ataque de gota...

Y abuelita de Etanges, con sonrisa infantil:

—Lo mismo yo, señor de Astín... Hace diez días se me hinchó la mano derecha.

—¡Por Dios!... Siquiera vuestra mano no es un leño y la podeis dar... ¿Y qué dice esta guapa chica?

Contempla á Clara, sentada en frente de él, de espaldas al biombo. En este biombo hay árboles de frutos amarillos, y, tendidos debajo, pastores y pastoras. También se ve en él una cacería de ciervos. El ciervo atraviesa un arroyo lleno de angélicas sonrosadas. Los perros, con la lengua fuera, le acosan de cerca. Lejos, sobre el césped, dos ginetillos con tricornio, con la trompa en bandolera, se esfuerzan por alcanzarlos. Y los árboles de frutoshermososdestacan sobre fondo blanco, y la ribera y los árboles son azules. Debe representar un atardecer dorado de Septiembre. Parece que un viento de término de vaca-

ciones largas agite las cimas de los olmos. Y junto á este biombo, los bucles de Clara de Ellébeuse se destacan de los frutos pintados, de los frutos redondos y bellos como granadas que fueran melocotones.

No dice nada y sonrie, cortada y encantadora. Mientras que su madre responde por ella, mil pensamientos viven debajo de su frente tersa. Piensa que el señor de Astín la intimida, aunque desde hace mucho tiempo le conoce y le quiere, desde muy pequeñita, desde siempre. Sin embargo ya le daba miedo antaño cuando contaba su viaje á la China y los misioneros atormentados. El fué quien le regaló aquellos dos lindos grabados que representan, el uno, *una mujer Mongólica de distinción, en traje de ceremonia de verano* y el otro *la hija primogénita del emperador...* La China es un país feo que da náuseas y en donde torturan á Cristo, un país que tiene el mismo olor feo y negro que el cofrecillo aquel que huele á alcanfor y á pimienta. Es el país del demonio. ¡Ah! como hubiera preferido Clara de Ellébeuse visitar las islas de la Gua-

dalupe, en donde las buenas negras se hacen católicas, en donde murieron el tío Joaquín y su novia Laura, que se amaban entre flores... Pero el señor de Astín es muy bueno para su amiguita y hace muy poco le regaló un brazalete de moda, una cadenilla de presidiario, de oro, rematada por un grillete... Era, según dicen, el mejor amigo de tío-abuelo Joaquín, pero casi nunca habla de él...

Precisamente hoy, en el momento de entrar en el comedor, cae la conversación sobre el tío Joaquín, á propósito del lindo adorno de flores capuchinas que hay en el centro de la mesa.

—Querido Enrique—dice el señor de Astín—recuerdo que, en el almuerzo de despedida que dió el hermano de vuestro padre, la víspera de su marcha á América, había un adorno de mesa del mismo gusto. Fué una comida llena de alegría, en el *Restorán del Brasil*.

Brindamos por nuestros amores futuros. Entonces, á la verdad, no creía yo que los suyos habían de tener fin tan trágico, ni que, al volver

de la China, tendría yo que enterrar en este país á su amadísima Laura...

El señor de Astín se calla. Se ha olvidado de la presencia de la muchacha. Una sonrisa de la señora de Ellébeuse se la recuerda.

—Tenéis—dice—melones magníficos...

—El terreno es muy arenoso—contesta la señora á Ellébeuse... Pero ¿no reconocéis su especie? Es de aquellas famosas simientes que tuvisteis la amabilidad de ofrecernos, hace seis años, y que, según deciais, os había dado la hija de un poeta de la China...

—O la hija de un mandarín, lo mismo da. Hoy, hécho un solterón, ya no reconozco los melones... Y las mandarinas, temo que tampoco...

Un pliegue se ha formado entre las cejas de Clara de Ellébeuse. Las palabras pronunciadas por el marqués á propósito del tío Joaquín, la trastornan. Repite para sí: Ha dicho al volver de la China... He enterrado en este país á su amadísima Laura... ¿De modo que á ella, á Clara, la habían engañado? ¿Entonces Laura murió aquí? ¿Dónde? ¿En la casa? ¿De

UNIVERSIDAD DE MONTREAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BETES"

vol. 1625 MONTREAL, QUEBEC

manera que Laura, la novia, y Laura, la del sepulcro?... ¿Cómo?... ¿Cómo?... Por qué abuelita le había dicho, enseñándole la miniatura. Es el retrato de Laura, la novia de tu tío Joaquiín...

—¿En dónde murieron, abuelita?— le había preguntado ella.—Allá, en Pointe-á-Pitre.—¿De modo que no era cierto que estuvieran allá?... Pero sí, porque en las cartas del cajón estaba escrito: *Guadalupe*... Ha dicho: la he enterrado en este país.

—¿No tienes gana de comer, hija mía?— observa la señora de Ellébeuse.

Contesta:

—Estoy algo cansada, mamaita. Y bebe un sorbo de agua para tratar de tener hambre.

Y mientras la conversación se anima en torno suyo, de nuevo recuerda: *ha enterrado*, en este país, á su amadísima Laura...

Evoca el cementerio en donde están las licoreras de los pájaros, las belladonas cálidas y rosadas y las mentas polvorientas. Recuerda que en un rincón de sombra han madu-

rado tomates escapados de algún miserable huerto. Su pensamiento, á través de las zarzas, lee de nuevo esta inscripción:

LAURA LÓPEZ

1805

**

La noche clara fluye por el cielo, una de esas noches tibias en que los mosquitos alargados desertan del río por el resplandor de la lámpara.

Es después de comer. El señor de Astin, que se ha decidido á quedarse, juega al ajedrez con el señor de Ellébeuse. La señora de Etanges y su hija trabajan en sus bordados. Clara de Ellébeuse, con los brazos á la espalda, mira, por la ventana que da al parque, el removerse de la sombra entre los follajes. Vaga inquietud la oprime. No puede estar absolutamente contenta. Siempre, hasta en las noches tranquilas como ésta, su alma siente una angustia que parece reclamada por la felicidad. Cuando Clara de Ellébeuse era pequeñita, y el regalo de una muñeca

13839

la colmaba primeramente de alegría, abandonábala bien pronto sin que sus padres comprendieran la causa de tan súbito cambio de humor. Se ponía hosca de repente, y con el ceño fruncido, arrojaba, para no tocarla más, la muñeca á un rincón. «Esta niña es voluble»—decía la señora de Etanges.—Pero, no. Clara de Ellébeuse acababa de descubrir la insignificante pero inevitable tara de que nada en este mundo está exento. Había observado, en la tela rosada llena de salvado que simulaba la carne, una manchita que no había podido borrar:

—Mi muñeca es imperfecta—decíase.—Qué lástima que en la tienda no hayan escogido otra, cualquiera que fuese...

Y ahora, pasada la época de los juguetes, en los momentos de embriagueces mayores, es decir, al salir del confesionario, cuando la absolución y el propósito de enmienda reinan en su corazón, surge, de pronto, el *pecado olvidado*. Es siempre el más gordo. ¿Pero no fué más que olvido? ¿No se lo ha ocultado de propósito al confesor? La araña esta

duda. ¿Sabe quizá ella algo? ¿Puede afirmar que no? ¿Entonces, está condenada? Alejado este temor, otro, uno cualquiera, sobreviene, la tortura á veces hasta en sueños, de los que despierta sobresaltada, con una sensación de ahogo y de vértigo. «Son vapores, hija mía»—le dice la señora de Ellébeuse.—Y Gertrudis dispone para Clara alguna infusión de llantén.

—Jaque mate—dice el señor de Astin al señor de Ellébeuse, que sonríe.

Clara se ha vuelto, erguida la cabeza, los lindos brazos desnudos siempre á la espalda. Sonríe entre sus bucles alisados y mira el juego. Le gustan, sin que las conozca bien, esas piezas pulidas que resbalan sobre el tablero, enlosado como un palacio. Se sienta, silenciosa, junto á la lámpara, y abre un tomo que siempre ha visto allí.

Es *la China en miniatura*, de Bretón, regalo hecho al señor de Ellébeuse por su antiguo amigo Astin. Clara de Ellébeuse mira el grabado que ornamenta el capítulo acerca de la recolección de té. Monos rosados

suben por una montaña á orillas de un arroyo. Uno de ellos, sentado cabe un árbol del té, se abraza al tronco sacudiéndolo con rabia. Y de las ramas caen hojas y flores que recoge un chino de amplio pantalón de oronga, de zapatillas de fieltro y encorvadas, de túnica azul, de sombrero de paja en forma de pantalla. No lejos, un mono que tiene guantes blancos chupa un fruto.

Clara de Ellébeuse vuelve á cerrar el tomo. Dan las diez. Besa á todos, pide su palmatoria á Gertrudis y sube á su alcoba.

Al sentirse sola, Clara de Ellébeuse experimenta un alivio. No es que no le guste la compañía de sus queridos padres, pero la soledad y la meditación apaciguan algo aquel alma frágil.

«Hija mía, le dice con frecuencia el capellán de las Ursulinas, vuestros escrúpulos provienen de una delicadeza demasiado grande. Vuestra conciencia es timorata, pero eso es en vos prueba de una buena intención muy grande.»

Clara de Ellébeuse reza sus oraciones, luego se desnuda lentamen-

te, pero con pudor excesivo, temerosa de contemplar demasiado tiempo lo que oculta el vestido de tía Amenaída. Se dice que está permitido mirarse los brazos, expuestos al aire todo el día; pero que no hay que tocar ó mirar el cuerpo inútilmente, aparte el aseo.

Se acuesta, pone el apagador de cobre sobre la vela, pero no se duerme en seguida. Es el momento en que su alma se recoge. Entonces vuelve á ver las cosas, mejor en pensamiento que las vió directamente. Piensa en el señor de Astín, en lo que ha dicho del tío-abuelo Joaquín, de la novia Laura, en el misterio que se mantiene alrededor de sus memorias. Luego vuelve á verse en el parque. Bajo sus pestañas juntas percibe claramente el césped que se tiende bajo la escalinata, después la cima de un olmo, una espesura de bambúes, luego una urna de piedra gris en la perspectiva de la alameda umbrosa... luego se duerme.

